



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Doble poder

Autor: Gabetta, Carlos

Forma sugerida de citar: Gabetta, C. (1987). Doble poder. *Cuadernos Americanos*, 5(5), 135-137.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 5, (septiembre-octubre de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## DOBLE PODER\*

Por *Carlos GABETTA*  
PERIODISTA ARGENTINO

HASTA la tarde del domingo de Pascuas, poco antes de la finalización del conflicto, se vivió una clara situación de doble poder. De un lado, el gobierno constitucional respaldado por todos los sectores políticos, sindicales y empresarios, por todos los artistas e intelectuales —con algunas raras pero nada imprevisibles excepciones— y por millones de ciudadanos. Del otro, los militares, entre quienes resulta ocioso ahora distinguir leales y rebeldes. Técnicamente, la mecha de la rebeldía se encendió en el momento en que el ex teniente coronel Luis Polo acogió en el regimiento 14 de Córdoba al prófugo ex mayor Barreiro y ardó hasta detenerse en las suelas del ex jefe de Estado Mayor Héctor Ríos Ereñú. Por acción u omisión todo el ejército se rebeló y convendría preguntarse qué habría pasado si Alfonsín hubiera solicitado la intervención de las otras fuerzas. En rigor, los dos bandos fueron acumulando energías a medida que transcurrían los días de la crisis. En el dramático minuto anterior a la primera salida de Alfonsín al balcón, cuando éste decidió ir personalmente a Campo de Mayo, una raya neta separaba al poder civil del poder militar. Es materia de pura especulación imaginar qué habría ocurrido si las concesiones que el Presidente hizo al ejército no hubieran satisfecho a los insurrectos. Ambos bandos tenían con qué pelear y parece evidente que la previsible masacre consecutiva a un asalto popular a la escuela de infantería habría sido el comienzo de una guerra civil.

Los sublevados no tenían medios para imponer al gobierno su máximo objetivo: una amnistía. El gobierno no tuvo medios para acabar con la sublevación como debe ser: rendición incondicional, detención e inmediato proceso de todos los implicados, dinámicos y abúlicos. Está claro que en este país el ejército ya no puede hacer lo que quiere y la democracia aún no puede darse ciertos lujos.

\* *El Periodista de Buenos Aires*, año 3, núm. 137, 24 al 30 de abril de 1987.

Resultado: empate. Los complotados querían la renuncia de Ríos Ereñú y no la obtuvieron, pero Ríos Ereñú ya no es jefe del Estado Mayor; querían la amnistía y no la habrá, pero la obediencia debida será presta y convenientemente reglamentada. El gobierno dijo que no cedería y acabó cediendo hasta un punto difícil de precisar en este momento; pero la crisis le dio la oportunidad de acelerar los tiempos y aumentar las adhesiones a su proyecto político estratégico (pacto social, reforma de la Constitución) y de medir la formidable reserva de energías populares con que puede contar la democracia.

Dirigido por una clase política frívola y atrasada, el pueblo argentino solía vivir las rupturas institucionales con indiferencia o fatalismo. Pero la última dictadura y la guerra de Malvinas dejaron otras secuelas y no fue así esta vez. Hay que tener la edad suficiente como para haber vivido la amargura de la indiferencia civil ante los golpes militares y para gozar plenamente la emoción de este cambio histórico. Las familias que llevaron niños no sólo a la plaza, sino incluso a Campo de Mayo, simbolizan lo que ocurrió, muy simple en su inmensa grandeza: después de haber mirado hacia otro lado durante los años negros, los argentinos sienten ahora más vergüenza que miedo. La multitud agolpada frente a Campo de Mayo estaba allí para jugarse la vida. Chabacanerías, demagogias y niveles profesionales aparte, la mayoría de los colegas de la radio y la televisión, expertos en perfilarse adecuadamente ante eventuales cambios institucionales, tampoco vaciló. Después de todo lo que dijeron y de la forma en que lo dijeron es difícil imaginárselos trabajando bajo una nueva dictadura. Es que la última asesinó a noventa y ocho. De verdad, algo cambió esta vez en la actitud de los argentinos hacia la democracia.

Pero la política no es un problema de actitudes y sentimientos, sino de relación real de fuerzas. La situación de doble poder se explica porque los militares son los únicos que tienen armas en este país e ignoran por completo que su primer deber es ponerlas al servicio de las instituciones. El gobierno y la sociedad civil, por su parte, no han encontrado aún la manera de resolver el problema, aunque Raúl Alfonsín parece haber aprendido cómo hacer para que al menos las armas no sometan fácilmente a las instituciones. Un balance frío del resultado de la crisis indica que la legalidad ha quedado debilitada. ¿Pero era posible forzar otro resultado? Los que calculan la relación de fuerzas políticas sumando a los sectores que respaldaron a Alfonsín y a la gente que se movilizó en estos días tienen la memoria corta. Más de la mitad de los dirigentes que firmaron el Acta de Compromiso Democrático

estuvieron implicados en golpes de Estado o sirvieron o apoyaron a dictaduras en el pasado. La clase media festiva que se movilizó es la misma que hace poco exclamaba "algo habrán hecho" cuando los militares secuestraban obreros, muchachos y chicas; la misma que se mira todo el tiempo el ombligo y le importa un rábano cómo le va al resto del mundo.

El presidente Alfonsín, que es de los pocos que no ha estado mezclado en tanta miseria, debe pensar en eso en el marasmo de cada crisis. Ahora, luego de verse obligado a llamar a la gente para defender a la democracia, debería recordar que desde diciembre de 1983 practica una política de desmovilización, fiel al dogma liberal del "encuadre institucional" que esta vez, como cada vez que las papas queman, fue dejado de lado en más de un sentido. Sobre todo, comprender que la gente sigue siendo lo único en que apoyarse. La democracia argentina está lejos de la estabilidad, pero si la enorme fuerza que el pueblo desplegó en estos días es organizada y mantenida alerta y en tensión, el gobierno —cualquier gobierno— dispondrá del arma para imponerse a las armas e instaurar la legalidad.